

Charlotte Riddell

La puerta abierta

Traducción de
Jimena Bazán*
Nicole D'Agostino**
Universidad del Salvador
Argentina

Hay quienes no creen en los fantasmas. De hecho, hay quienes no creen en nada. Incluso existen quienes se mantienen incrédulos ante la puerta abierta en Ladlow Hall. Dicen que no permanecía abierta: que podrían haberla cerrado, que todo el asunto fue un invento, que seguro había sido una conspiración, que dudan de que acaso haya existido un lugar como Ladlow sobre la faz de la tierra, que a la primera oportunidad que tengan de ir a Meadowsire lo comprobarán.

Estas son algunas reacciones que mi historia, aún inédita, ha provocado en mis conocidos. Cuál será la reacción de los desconocidos es otra cuestión. Contaré lo que me ocurrió exactamente como sucedió, y los lectores pueden creerlo o mofarse tanto como les plazca. No es necesario que el mundo entero me muestre fe y comprensión frente a una historia de fantasmas. Si así fuese, no volvería a tocar una pluma.

Tal vez, antes de empezar, debería admitir que en una época yo tampoco creía en los fantasmas. Si hace años se hubieran topado conmigo en el Puente de Londres una mañana de verano y me hubieran preguntado si tales cosas me parecían probables o posibles, hubieran recibido un enfático «no» como respuesta.

Pero a este ritmo nunca contaré la historia de la puerta abierta; por lo que, con su permiso, nos sumergiremos en ella de inmediato.

* * *

—¡Sandy!

* Traductora Científico-Literaria en inglés por la Universidad del Salvador (USAL). Actualmente se desempeña como traductora *freelance* en *Go Global Language Consulting*.

** Traductora Científico-Literaria en inglés por la USAL. Maestranda en Políticas Públicas y Gerenciamiento del Desarrollo en la Universidad de San Martín. Actualmente se desempeña como Asistente Administrativa en la Embajada de Estados Unidos y es co-fundadora, junto con otras dos colegas, de *Crosslingua*, empresa que brinda servicios lingüísticos.

© Universidad del Salvador. Escuela de Lenguas Modernas. Instituto de Investigación en Lenguas Modernas. ISSN 2469-0899

—¿Qué quieres?

—¿Te gustaría ganarte un soberano?

—Qué obviedad.

Un diálogo un poco seco, pero la brusquedad era costumbre en la oficina de Frimpton, Frampton y Fryer, rematadores y agentes inmobiliarios, ubicada sobre St. Benet's Hill, en la City de Londres.

(Mi nombre no es Sandy ni nada parecido, pero los otros empleados me llamaban así a causa de una semejanza, real o imaginada, con cierto personaje, un escocés macilento, que habían visto en el teatro. Basándose en esto se puede inferir que no soy atractivo. No estoy ni cerca de serlo. Soy el único espécimen feo nacido en mi familia. Sé que soy poco agraciado, y también soy consciente del profundo descontento que siento ante mi suerte en la vida. Me desagradaba mi puesto administrativo en la oficina y me desagradaban mis empleadores. Todos tenemos nuestras contradicciones, supongo, puesto que me quedé perplejo cuando me enteré de que ellos profesaban una cordial antipatía hacia mi persona).

—Lo que sucede —continuó diciendo Parton, un compañero que llevaba muchos años más que yo en la oficina y que disfrutaba sacarme de quicio—, es que puedo decirte cómo conseguirlo.

—¿Cómo? —pregunté, bastante enfurruñado, ya que me pareció que otra vez se estaba burlando de mí.

—¿Recuerdas ese lugar que le alquilamos a Carrison, el vendedor de té?

Carrison era un comerciante del mercado chino, dueño de flotas de navíos y tantos almacenes como para formar una ciudad, pero decidí no corregir la expresión de Parton y me limité a asentir.

—Lo alquiló por un largo tiempo, pero no puede vivir allí, y el jefe dijo esta mañana que con gusto le daría un par de soberanos y el costo del traslado a cualquiera que pudiese descubrir qué rayos pasa.

—¿Dónde está este lugar? —pregunté sin voltearme. Para poder escuchar más cómodo había apoyado los codos en el escritorio y me sostenía la cabeza con ambas manos.

—Por allá en Meadowshire, en el corazón del campo.

—¿Pero exactamente cuál es el problema? —pregunté también.

—Una puerta que se niega a permanecer cerrada.

—¿Cómo dices?

—Una puerta que insiste en abrirse, por así decir —respondió Parton.

—Estás bromeando.

—Aunque así fuera, Carrison va en serio, y Fryer también. Carrison entró a la oficina furibundo, y Fryer arrebatado de ira; me di cuenta de ello aunque él haya intentado mantener las apariencias. Parece que, luego de un intercambio muy activo por correspondencia, Carrison partió para hablar con su abogado. No logrará mucho con eso, creo yo.

—Pero cuéntame —le insistí—. ¿Por qué la puerta no permanece cerrada?

—Dicen que el lugar está embrujado.

—¡Qué disparate! —exclamé.

—Pues entonces eres la persona indicada para encargarse del fantasma. Se me ocurrió mientras que el viejo Fryer hablaba.

—Si la puerta no permanece cerrada —comencé a decir, pensando en voz alta—, ¿por qué no pueden dejarla abierta?

—No tengo la menor idea. Sólo sé que hay dos soberanos en juego, y te doy la información como un regalo.

Y luego de esta última frase, Parton descolgó su sombrero y salió, acaso para conducir sus propios negocios o los de sus empleadores.

Hay algo que puedo decir con honestidad de nuestra oficina: allí nunca hablábamos con seriedad. Se me ocurre que ese debe ser el caso en la mayoría de las oficinas hoy en día, pero lo importante es que así era en la nuestra. Siempre nos burlábamos entre todos, nos hacíamos jugarretas pesadas, contábamos historias tontas, escamoteábamos nuestro trabajo, mirábamos el reloj, contábamos las semanas que faltaban hasta el próximo día de St. Lubbock¹, para no venir a la oficina, y las horas hasta el próximo sábado.

1. Día feriado. En 1871, Sir John Lubbock (político liberal y banquero miembro del Parlamento) introdujo el Bank Holidays Act 1871 [Ley de los Feriados Bancarios de 1871] que estableció cuatro días feriados en Inglaterra, Gales e Irlanda, y cinco en Escocia. [N. de las T.]

A pesar de eso, no había ni un ápice de humor en nuestro deseo de que nos aumentaran el sueldo, y estábamos todos convencidos de que nadie antes había recibido una paga tan miserable. Yo ganaba veinte libras al año, y sabía que no alcanzaba para cubrir ni la mitad de lo que comía en casa. Mi madre y mis hermanas solían dejármelo en claro, y cuando necesitaba nuevas prendas detestaba mencionárselo a mi agobiado padre.

Habíamos sido más afluentes en el pasado, me parece, aunque no recuerdo cuándo. Mi padre era el dueño de una pequeña hacienda en el campo, pero a causa de los malos negocios de algún banco, nunca supe cuál, hubo que hipotecarla; luego no se pagó el interés y se ejecutó la hipoteca, y no nos quedó nada a excepción de la pensión de un comandante, y alrededor de cien libras al año que mi madre aportaba al fondo común.

Podríamos habérmolas arreglado con nuestros ingresos, creo yo, si no hubiéramos sido tan horrorosamente pretenciosos: siempre tratábamos de vivir con más lujo del que podíamos costear, por lo que las deudas se acumulaban, y siempre estábamos a merced de nuestros acreedores.

Antes de caer en la ruina, una de mis hermanas se casó con el hijo más joven de una familia distinguida, e incluso si el resto de mis familiares hubiera estado predispuesto a vivir de forma cómoda pero razonable, ella les habría exigido a sus hermanas que estuvieran a su altura. Además, mi único hermano era oficial, y mi familia creía que era necesario mantener las apariencias por él.

Todo esto puso a prueba a mi padre, que debió soportar el castigo de los avisos de deuda y el hostigamiento, y la eterna escasez de dinero. Yo hubiese perdido la cabeza de no haber encontrado un aliviador refugio en la casa de mi tía durante las malas épocas. Era la hermana de mi padre, y se había «rebajado tanto» al casarse que mi madre se rehusaba a reconocer la relación por completo.

Por estas razones y otras, el comentario al pasar de Parton acerca de los dos soberanos perduró en mi memoria.

Quería dinero con urgencia (diría que nunca tuve siquiera una moneda de seis peniques para mí solo) y se me ocurrió que si pudiera ganar los soberanos podría comprar algunas minucias que necesitaba para mí y obsequiarle a mi padre un nuevo paraguas. Pronto descubriría lo peligroso que es cortejar a esa mujerzuela que llamamos deseo.

Me tentó. Primero fantaseé con los dos soberanos; luego recordé el monto que el Sr. Carrison había aceptado pagar por el alquiler de Ladlow Hall; luego concluí en que él pagaría con gusto más de dos soberanos a

quien ahuyentara al fantasma de la casa. Se me ocurrió que podría pedir diez libras...veinte libras. Cavilé sobre la cuestión todo el día y soñé con ella toda la noche y cuando me vestí a la mañana siguiente ya estaba decidido a hablar con el Sr. Fryer.

Así lo hice: dije que uno de los empleados, Parton, amablemente me había comentado el asunto, y que, si el Sr. Fryer estuviera de acuerdo, me gustaría intentar resolver el misterio. Le dije que estaba acostumbrado a las casas solitarias y que no me sentiría nada nervioso; que no creía en fantasmas, y que a los ladrones no les temía.

—No tengo problema con que usted lo intente —respondió por fin—, pero le recuerdo que si no soluciona el problema no habrá paga. Quédese en la casa una semana; si al final de ese período puede mantener la puerta cerrada sea con cerraduras, tornillos o clavos, envíeme un telegrama y yo iré allí; si no, regrese. Tampoco tengo objeción a que lleve un acompañante.

Le agradecí, pero dije que prefería no tener compañía.

—Solo hay una cosa más, señor, que quisiera pedirle —aventuré a decir.

—¿Y eso es...? —me interrumpió

—Es un poco más de dinero. Si destierro al fantasma, o al menos averiguo qué es lo que ocurre, creo que mereceré un poco más que dos soberanos.

—¿Cuánto más cree que merecerá?

Su tono tan cortés y conciliador me tomó desprevenido, así que respondí con valentía:

—Si al señor Carrison le es imposible vivir allí ahora tal vez no le molestaría darme un billete de diez libras.

El Sr. Fryer me dio la espalda y abrió uno de los libros apoyados en su escritorio. No lo leyó y ni siquiera lo miró; yo lo noté.

—¿Hace cuánto tiempo que trabaja con nosotros, Edlyd? —preguntó.

—Mañana se cumplen once meses.

—Y los términos eran, si no me equivoco, pagos trimestrales y avisos de despido o de renuncia con un mes de anticipación, ¿cierto?

—Sí señor. —Me tembló la voz, aunque no habría podido explicar qué era lo atemorizante.

—Entonces considere esto su aviso de despido. Antes de irse esta tarde vuelva a pasar por mi despacho y le pagaré el salario de tres meses, y luego ya no hará falta que venga.

—Pero no entiendo exactamente qué... —empecé, pero me interrumpió.

—Pero yo sí entiendo y con eso es suficiente. Estoy harto de usted y de su actitud, su indiferencia y la insolencia que acaba de demostrar. Nunca tuve un empleado que me desagradara tanto como usted. Osarse a dictar los términos, Dios mío. No, no irá a Ladlow. Muchísimos otros pobres hombres —En realidad dijo «pobres diablos».— estarían agradecidos de ganar media guinea, ni hablar de dos soberanos; y es probable que ese sea su caso muy pronto.

—¿Me está despidiendo, señor? —le pregunté desesperado—. Nunca tuve la intención de ofenderlo, yo...

—No se diga más —interrumpió—, ya no desperdiciaré más palabras en usted. Desde que llegó a este lugar nunca se ha comportado acorde a su puesto, y parece incapaz de reconocerlo. Cuando cometí la tontería de contratarlo, lo hice por los valiosos contactos que posee, pero sus contactos nunca han hecho nada por mí. Nunca recibí ni un penique de sus amigos... si es que tiene alguno. Nunca le irá bien en los negocios, sean de usted o de los demás, y cuanto antes pueda viajar a Australia —aquí hizo mucho énfasis.— e irse de estas oficinas, mejor será para mí.

No le respondí; no pude. Para entonces él estaba encolerizado y era evidente que quería que abandonara las instalaciones de inmediato. Sacó cinco libras de la caja chica y, luego de escribir un recibo, deslizó el dinero por sobre la mesa hacia mí y me pidió que firmara y me retirara.

La mano me temblaba por lo que a duras penas podía sostener la pluma, pero aún me quedaba el coraje suficiente para devolverle una libra de oro con diez centavos, tres chelines y cuatro peniques que tenía, por fortuna, en el bolsillo del chaleco.

—No puedo aceptar que me paguen por un trabajo que no hice —respondí con tanta dignidad como me permitían la pena y la cólera—. Buen día. —Salí de su despacho y regresé a donde estaban los empleados.

Tomé de mi escritorio las pocas posesiones que tenía, dejé los papeles en orden y, luego de cerrarlo con llave, le pregunté a Parton si tendría la amabilidad de darle la llave al Sr. Fryer.

—¿Qué pasó? —me preguntó—. ¿Te vas?

—Sí, me voy —le respondí.

—¿Te despidieron?

—Eso es exactamente lo que sucedió.

—¡Pero qué...! —exclamó el Sr. Parton.

No me quedé a escuchar más comentarios al respecto y, tras despedirme de mis compañeros, me sacudí el polvo de la Oficina Financiera e Inmobiliaria Frimpton de los zapatos.

No quería ir a casa y decir que me habían despedido, por lo que vagué sin rumbo y terminé en Regent Street. Allí encontré a mi padre, que lucía más preocupado que de costumbre.

—¿Existe la posibilidad, Phil —dijo (mi nombre es Theophilus)—, de que tus empleadores puedan adelantarte dos o tres libras?

Decidido a mantener un discreto silencio acerca de lo sucedido, le respondí:

—Sin dudarlo.

—Te agradecería mucho que las consiguieras, hijo —continuó—, puesto que las necesitamos con urgencia.

No le pregunté cuál era el problema en cuestión. ¿De qué habría servido? Siempre había una razón: el gas, el agua, los impuestos, el carnicero, el fabricante de botas o el panadero. En verdad no tenía mucha importancia, ya que todos estábamos acostumbrados a este estilo de vida, pero pensaba: «si alguna vez me desposara, nos las arreglaríamos por nuestros propios medios». Entonces, se me venía a la mente la imagen de Patty, mi prima, la muchacha más servicial, prudente, jovial y la más preciosa que haya deslumbrado el hogar de un hombre pobre.

Para ese momento, mi padre y yo nos habíamos despedido y yo seguía deambulando, cuando de pronto se me ocurrió una idea. El señor Fryer no me había tratado bien, ni había sido justo. Decidí pagarle con la misma moneda: iría a la oficina central y trataría de negociar con el señor Carrison directamente.

Me puse en marcha de inmediato. Paré un autobús y en breve me encontré en el centro de la ciudad. Al igual que con muchos hombres importantes, era difícil obtener una audiencia con el señor Carrison; en verdad, era tan arduo que el empleado al que le solicité la entrevista me informó sucintamente que no podía verlo en absoluto. Fue generoso en agregar que podía dejarle un recado si así lo prefería y que sin duda sería recibido. Le indiqué que no enviaría un mensaje y entonces me consultó qué pensaba hacer.

Mi respuesta fue sencilla: planeaba esperar hasta que me concediera una audiencia. Me indicó que no se podía esperar de esa manera en la oficina.

Anuncié que, en ese caso, podía esperar en la calle.

—La vía pública no es propiedad de Carrison —remarqué.

El empleado me advirtió que no adoptara esa actitud o podrían encarcelarme.

Le afirmé que correría el riesgo.

Continuamos discutiendo el asunto en profundidad, y nos encontramos en medio de un debate acalorado, al que varios de los «jóvenes caballeros», como se denominaban a sí mismos, fueron tan amables de unirse, cuando todos nos sumimos en silencio ante la aparición de un individuo de aspecto serio que inquirió autoritativamente:

—¿Qué es todo este escándalo?

Antes de que alguien pudiese contestar, alcé la voz:

—Solicito una audiencia con el señor Carrison y ellos no me lo permiten.

—¿Por qué requiere una audiencia con el señor Carrison?

—Solo se lo comunicaré a él.

—Muy bien, dígalo. Yo soy el señor Carrison.

Por un instante, me sentí cohibido y casi avergonzado de mi insistencia pero, de pronto, lo que el señor Fryer hubiera denominado mi «inherente osadía» vino al rescate y, mientras me sacaba el sombrero y daba uno o dos pasos en su dirección, declaró:

—Quería hablar con usted acerca de Ladlow Hall, por favor, señor.

Rápidamente, la expresión de su rostro se transformó: su semblante impasible pasó a adoptar una mirada irritada y sus facciones se desfiguraron cuando frunció el ceño con ira.

—¡Ladlow Hall! —repitió—. ¿Y qué tiene para decir acerca de Ladlow Hall?

—Eso es lo que he venido a decirle, señor —respondí y mientras hablaba, un silencio de ultratumba se apoderó de la oficina.

Carrison se percató del silencio, ya que observó rigurosamente a los empleados, quienes no escribían ni movían un solo dedo.

—Entonces, pase por aquí —dijo de forma abrupta, y al minuto siguiente, me encontraba en su oficina.

—Entonces, ¿qué sucede? —inquirió mientras se dejaba caer en la silla y yo permanecía parado con el sombrero en la mano junto a la gran mesa en el centro de la habitación.

Comencé (debo decir que Carrison fue muy paciente mientras me escuchaba) por el principio, y conté mi historia sin interrupciones. No oculté ni exageré ningún detalle. Me paré frente a él como un hombre desempleado y como tal, expresé todo lo tenía que decir. Me escuchó hasta el final, luego se quedó sentado en silencio, pensando.

Finalmente, habló:

—Supongo que ha oído muchas cosas acerca de Ladlow, ¿verdad?

—No, señor. Solo lo que le he dicho.

—¿Y por qué desea hacer el esfuerzo para resolver tal misterio?

—Si hay un pago en juego, me gustaría ser yo quien lo gane, señor.

—¿Qué edad tiene?

—Cumplí veintidós en enero.

—¿Cuánto le pagaban en Frimpton?

—Veinte libras al año.

—¡Ah! Más de lo que se merece, debería decir.

—En todo caso, eso mismo es lo que pensaba el señor Fryer —reconocí con tristeza.

—Pero, ¿qué piensa usted? —preguntó mientras sonreía a su pesar.

—Creo que trabajé tanto como los otros empleados —contesté.

—Quizás eso no signifique mucho —indicó. Yo opinaba lo mismo que él, pero me mantuve callado.

—Me temo que nunca será un empleado ideal —continuó diciendo el señor Carrison, que me cubría con sus comentarios desdeñosos como si yo fuera un maniquí—. ¿No le gusta el trabajo de oficina?

—No realmente, señor.

—Considero que lo mejor que puede hacer es emigrar —prosiguió mientras me contemplaba de manera crítica.

—El señor Fryer me dijo que sería mejor que me fuera a Australia o...

—Me detuve al recordar la alternativa que me había presentado dicho caballero.

—¿O hacia dónde? —preguntó el señor Carrison.

—A..., señor —expliqué, arrepentido y con voz suave.

Se reclinó en la silla y se rio, y yo también me reí, aunque con remordimiento. Después de todo, veinte libras eran veinte libras, aunque el sueldo no me había parecido gran cosa hasta que lo perdí.

Luego de eso, continuamos platicando un largo rato. Me preguntó sobre mi padre, mi juventud, cómo vivíamos y dónde vivíamos, sobre las personas que conocíamos y, de hecho, hizo más preguntas de las que puedo recordar.

—Es una locura —dijo al final —, y aun así me siento predispuesto a confiar en usted. La casa está completamente vacía. No puedo vivir en ella y tampoco puedo deshacerme de ella. He retirado todos mis muebles y no queda nada excepto algunas antigüedades que le pertenecen a Lord Ladlow. El lugar es una pérdida para mí. No sirve de nada tratar de dejarla como está y por lo tanto, de hecho, la situación está en punto muerto. No podrá descubrir nada, lo sé, porque otros ya han intentado resolver el misterio en ocasiones anteriores. Aun así, si quisiera intentarlo, puede hacerlo. Realizaré el siguiente trato con usted: si quiere ir, le pagaré los gastos básicos para una quincena y si logra algo bueno, le daré un billete de diez libras. Desde luego, debo estar seguro de que lo que me ha dicho es verdad y que usted es quien dice ser. ¿Conoce a alguien en la ciudad que pueda testificar por usted?

No pude pensar en nadie más que en mi tío. Le hice entender al señor Carrison que quizás mi tío no era lo suficientemente rico o aristócrata, pero que no conocía a nadie más a quien pudiera dirigirlo.

—¿Qué?! —exclamó—. Robert Dorland de Cullum Street. Tiene negocios con nosotros. Si él garantiza su buen comportamiento, entonces no requeriré ninguna garantía adicional. Venga.

Para mi inmensa sorpresa, se levantó y se puso el sombrero. Cruzamos juntos la oficina externa y luego las calles que nos separaban de Cullum Street.

—¿Conoce a este joven, señor Dorland? —preguntó, parado frente al escritorio de mi tío y con una mano apoyada en mi hombro.

—Por supuesto que sí, señor Carrison —contestó mi tío, un tanto preocupado ya que, como me informó momentos después, no podía imaginarse qué fechorías había cometido—. Es mi sobrino.

—¿Qué opina sobre él? ¿Cree que es un joven en el que pueda confiar plenamente?

Mi tío sonrió y manifestó:

—Eso depende en lo que vaya a confiarle.

—Por ejemplo, una gran columna de sumas.

—Sería más prudente darle esa tarea a alguien más.

—¡Ah, tío! —protesté. Me había esforzado por superar mi antipatía por los números; trabajé duro y todo me causó mucha dificultad.

Mi tío se levantó del taburete y, parado dándole la espalda a la chimenea, dijo:

—Dígame qué quiere que haga el muchacho, señor Carrison, y le informaré si cumplirá con su propósito o no. Creo que lo conozco mejor de lo que se conoce a sí mismo.

De manera relajada y cordial para ser un hombre tan rico, el señor Carrison se apoderó del taburete vacío y, con la pierna derecha apoyada sobre la rodilla izquierda, respondió:

—Quiere ir a cerrar la puerta abierta de Ladlow por mí. ¿Cree que pueda hacerlo?

Mi tío le devolvió la mirada y dijo:

—Creía, señor Carrison, que ya se había decidido que nadie podría cerrarla.

El señor Carrison se movió con incomodidad en el asiento y replicó:

—Yo no fui quien encomendó la tarea que su sobrino ansía realizar.

—No te impliques en esto, Phil —me aconsejó mi tío con seriedad.

—¿Usted no cree en fantasmas, verdad Señor Dorland? —interrogó el señor Carrison con desdén.

—¿Usted no, señor Carrison? —replicó mi tío.

Hubo una pausa, una pausa incómoda, durante la cual sentí cómo las diez libras, que en mi mente ya había gastado, oscilaban en la balanza. No tenía miedo. Por diez libras, o la mitad, me hubiera enfrentado a todos los habitantes de la tierra de los espíritus. Ansiaba decirles esto pero la forma en que esos dos hombres se miraban hizo que me quedara callado.

—Si me pregunta eso aquí, en el centro de la ciudad, señor Dorland —dijo el señor Carrison lenta y cuidadosamente—, mi respuesta es «no», pero si me lo preguntara una noche oscura en Ladlow, le pediría que me dejara pensarlo. No creo en fenómenos sobrenaturales y, sin embargo, la puerta en Ladlow se encuentra más allá de mi comprensión, igual que la marea fluctuante del mar.

—¿Y no puede vivir en Ladlow? —replicó mi tío.

—No puedo vivir en Ladlow, y tampoco puedo lograr que alguien más viva en Ladlow.

—Entonces, ¿quiere deshacerse de la propiedad?

—Tanto quiero deshacerme del arrendamiento que le informé al señor Fryer que le otorgaría una generosa cantidad de dinero si podía convencer a alguien de que resolviera el misterio. ¿Desea obtener alguna otra información, señor Dorland? Porque si es así, solo tiene que preguntármelo. Siento como si no estuviera en una oficina prosaica en la ciudad de Londres sino en el Palacio de la Verdad².

2. El Palacio de la Verdad es una comedia en tres actos escrita por W. S. Gilbert y estrenada en 1870. En ella, el palacio de la verdad es un lugar encantado en el que es imposible guardar secretos, ya que todos los que ingresan están obligados a decir siempre la verdad. [N. de las T.]

Mi tío no se percató del elogio implícito. Cuando un vino es bueno no necesita exaltación, y si un hombre habla y piensa con honestidad regularmente, tampoco aspira a obtener reconocimiento por ello.

—No lo creo —respondió—. Queda al criterio del muchacho decidir qué va a hacer. Mi consejo es que se quedara con su trabajo en la oficina de su empleador y se alejara de la caza de fantasmas y la expulsión de espíritus.

El señor Carrison me miró rápidamente y su mirada insinuaba un entendimiento secreto, que podría haber influenciado a mi tío si me hubiera rebajado a tratar de engañar a mi pariente.

—No puedo seguir trabajando allí —dije—. Me despidieron hoy.

—¿Qué has hecho, Phil? —interrogó mi tío.

—¡Quería diez libras por ir a ahuyentar el fantasma! —contesté tan acojonado que tanto el señor Carrison como mi tío se echaron a reír.

—¡Diez libras! —exclamó mi tío, entre la risa y el llanto—. Empero Phil, mi muchacho, hubiera preferido darte diez libras yo mismo, maguer que sea un hombre pobre, a que fueras a ahuyentar o cazar fantasmas.

Cuando mi tío estaba más serio, utilizaba los arcaísmos característicos de su infancia. Me gustaba esa vulgaridad, como mi madre lo denominaba, y sabía que mi tía amaba escucharlo cuando utilizaba ese estilo de manera afectuosa con ella. Había alcanzado una buena posición económica, y si bien es cierto que no había surgido desde la posición más baja, había nacido para ser todo un caballero. Ese era Ronald Dorland, y sin embargo, todos en mi casa lo menospreciaban.

—¿Qué hará, Edlyd? —inquirió el señor Carrison—. Ya escuchó el consejo de su tío: «renuncie a esta empresa», y también conoce mi opinión. No quiero sobornarlo ni tampoco forzarlo a aceptar.

—Iré, señor —contesté con firmeza—. No tengo miedo y me gustaría demostrarle... —Me detuve. Iba a decir que me gustaría demostrarles que no soy tan tonto como ellos creían, pero sentí que no correspondía que dijera algo tan informal, por lo que me contuve.

El señor Carrison me observó con curiosidad. Creo que supo terminar la oración por sí mismo, pero solo respondió:

—Me gustaría que lograra cerrar esa puerta. De todos modos, si puede quedarse solo en esa casa durante una quincena, el dinero será suyo.

—Esto no me agrada, Phil —dijo mi tío—. Esta locura no me gusta para nada.

—Lo siento mucho, tío —respondí—, pero he decidido ir.

—¿Cuándo? —inquirió el señor Carrison.

—Mañana a primera hora —contesté.

—Dele cinco libras, por favor, Dorland, y yo le enviaré un cheque. Me rendiré cuentas a mí por esa suma, usted entiende —añadió el señor Carrison, volviéndose hacia mí.

—Un soberano será suficiente —dije.

—Tomará las cinco libras y me rendiré cuentas a mí por ellas —repitió el señor Carrison firmemente—. Además, me escribirá todos los días a mi residencia privada y, si en algún momento siente que el asunto es demasiado para usted, abandone todo y regrese. Buenas tardes. —Y sin otro saludo formal, se retiró.

—Supongo que no tiene sentido que hable contigo, ¿verdad, Phil? —preguntó mi tío.

—No lo creo —respondí—. No le contarás nada a mis padres ni a mis hermanos, ¿verdad?

—No es probable que me encuentre con alguno de ellos, ¿cierto? —replicó, exponiendo este hecho sin ningún tinte de rencor.

—Supongo que no te veré antes de que me ponga en marcha, por lo que me despediré ahora —dije.

—Adiós, mi muchacho. Desearía verte más sabio y seguro.

No le respondí. Mi corazón estaba rebosante al igual que mis ojos. Lo intenté, pero el trabajo de oficina no era para mí y sentí que pedirme que me sentara en un taburete y produjera reportes y cifras era tan inútil como pedirle a una persona sin ninguna habilidad musical que compusiera una ópera.

Desde luego, fui directamente a ver a Patty, aunque, en ese entonces, no estábamos casados. Sin embargo, a pesar de que a veces me parecía que nunca nos podríamos casar, ella era mi otra mitad en ese tiempo, tal y como lo es ahora.

Ella no desprestigió el proyecto, ni tampoco me desalentó. Lo que dijo, con su dulce rostro radiante de entusiasmo, fue: «Me gustaría tanto poder ir contigo, Phil». El cielo sabía que era cierto, y yo también.

A la mañana siguiente, estaba despierto antes que nadie. Le había informado a mi familia que saldría de la ciudad por negocios. Patty y yo ideamos el plan con cuidado. Desayunaría y me vestiría allí, ya que planeaba ir a Ladlow vestido de voluntario. Esa era una cuestión en la que mi pobre padre y yo nunca estuvimos de acuerdo, él creía que ser voluntario era un juego de niños y otras cosas igual de difíciles de soportar, mientras que mi hermano, quien, para mí, de heroico tenía muy poco, siempre ridiculizaba al cuerpo voluntario y se burlaba de mí por crearme «un soldado».

Patty y yo hablamos sobre el asunto y decidimos, como había dicho, que me cambiaría de prendas en la casa de su padre.

Un joven conocido que ganó un revólver en una rifa aceptó prestármelo. Con dicha arma y mi rifle, sentía como si pudiera derrotar a un ejército.

Era una tarde agradable para cuando emprendí mi camino por los senderos llenos de hojas en el corazón de Meadowshire. Amaba el campo con cada latido de mi corazón y la campiña se veía perfecta: hierba lista para podar, granos comenzando a formar mazorcas, arroyos ondeantes, ríos de ensueño, viejas huertas y casas pintorescas.

«Ah, si tan solo no tuviera que regresar a Londres», pensé, ya que soy una de las pocas personas sobre la faz de la tierra que ama el campo y odia la ciudad. Seguí caminando durante mucho tiempo y, como no estaba seguro sobre en qué dirección ir, le pedí a un señor que estaba cabalgando lentamente sobre un caballo ruano bajo los árboles arqueados, acompañado por una joven montada sobre un poni blanco, que me indicara el camino hacia Ladlow Hall.

—Allí está Ladlow Hall —contestó mientras me indicaba con su látigo una cerca que estaba a mi izquierda. Le agradecí y emprendí mi camino cuando me dijo:

—Nadie vive allí.

—Lo sé —respondí.

El hombre no dijo nada más, solo se despidió con amabilidad y se marchó. La señorita inclinó la cabeza en respuesta a mi saludo con el sombrero y me sonrió con amabilidad. Me sentía totalmente complacido, los peque-

ños gestos siempre me complacieron. Era un agradable comienzo, ¡a mitad de camino hacia un buen final!

Cuando llegué al lugar, le mostré la carta del señor Carrison a la mujer y me otorgó la llave.

—¿No piensa quedarse en Ladlow Hall usted solo, verdad, señor? —preguntó.

—Sí, lo haré —contesté de manera tan contundente que no dijo ni una palabra más.

El camino conducía directamente hacia la casa. Todo el trecho era en subida y estaba bordeado por los tilos más magníficos que haya visto. Una cerca de hierro liviano dividía la senda del parque y entre los troncos de los árboles podía ver los ciervos y al ganado que pastaba. Asimismo, de tanto en tanto, podía oír el sonido del cencerro de las ovejas.

Era un sendero largo pero, finalmente, me encontré parado frente a Ladlow Hall. Era una casa antigua, cuadrada y sólida, de tres pisos y sin sótano, con una serie de escalones que conducía a la entrada principal, cuatro ventanas al lado derecho de la puerta y otras cuatro a la izquierda. El edificio estaba rodeado por árboles, todas las persianas estaban bajas y un silencio absoluto envolvía el lugar mientras el sol poniente, detrás de los grandes árboles, adornaba el parque con destellos dispersos. Contemplé el paisaje a medida que me acercaba y también cuando me paré bajo el extenso pórtico; luego, al recordar el asunto que me había traído hasta aquí, introduje la llave en la cerradura, giré el picaporte y entré en Ladlow Hall.

Durante un momento, a medida que me apartaba de la brillante luz solar, la morada parecía tan oscura que apenas podía discernir los objetos que me rodeaban, pero mis ojos pronto se acostumbraron a la penumbra y descubrí que me encontraba en un inmenso salón, iluminado por una lámpara de techo y con una majestuosa escalera antigua de roble que conducía hacia las habitaciones del piso superior.

El piso era de mármol, blanco y negro. Había dos chimeneas con rejillas para quemar madera, y de las paredes colgaban pinturas, astas y cuernos. Además, en varios nichos y recovecos había grupos de estatuas, y figuras de hombres con armaduras completas.

Al mirar el lugar desde afuera, nadie hubiera esperado encontrarse con un salón como este. Permanecí inmóvil, sumergido en la admiración y el asombro, y luego comencé a observar lo que me rodeaba con mayor detenimiento.

El señor Carrison no me había otorgado instrucciones específicas para identificar la recámara espectral que, según mis conclusiones, probablemente se encontraba en el primer piso.

No tenía conocimiento alguno sobre la historia conectada a dicha habitación, si es que existía una historia. No había preparado mi mente como debí haberlo hecho, como tampoco había acomodado mi equipaje de manera adecuada; y estaba aún peor provisto en ese aspecto, ya que sólo tenía una cesta que me proporcionó Patty, y un pequeño bolso que me traerían desde la estación. Pero en relación con el enigma, estaba completamente perdido. No tenía ni la más remota idea en qué habitación se encontraba. No obstante, lo descubriría en breve, sin dudas.

Examiné mis alrededores: puertas, puertas y más puertas. Nunca había visto tantas en un solo cuarto. Dos de ellas se encontraban abiertas, una por completo y la otra entornada.

«Comenzaré cerrando estas puertas, antes de ir al piso de arriba», pensé.

Las puertas eran de roble, pesadas y de una medida ideal, con una cerradura firme y un picaporte en buen estado. Las cerré e intenté abrirlas. En verdad, estaban bien cerradas. Subí la gran escalera sintiéndome, de manera extraña, como un intruso. Caminé por los pasillos y entré a las múltiples habitaciones; algunas tenían pocos muebles, otras contenían antigüedades que, sin dudas, valían una pequeña fortuna: sillas, tocadores anticuados, armarios extraños y objetos similares. La mayoría de las puertas estaban cerradas y cerré aquellas que se encontraban abiertas antes de dirigirme hacia el ático.

Estaba más que contento con el ático. Las ventanas por donde entraba la luz no brindaban una vista del frente de la casa sino que ofrecían un panorama del bosque, el valle y la pradera. Si me asomaba por una de ellas, podía observar que a la derecha de la casa, el suelo, cubierto de vegetación tupida, pendía hacia un arroyo que estaba a una corta distancia de la plantación y serpenteaba a través del prado donde se encontraban los ciervos. Desde las ventanas que se encontraban en la parte posterior de la casa no se veía más que el bosque frondoso y parte del patio de los establos, mientras que del lado por donde había entrado, había extensos jardines rodeados de tejos y huertas resguardadas por muros altos. Más lejos, en un corral, pude notar que había vacas y bueyes y, más retirado aún, había praderas magníficas y campos llenos de maíz.

—¡Qué hermoso lugar! —exclamé—. Qué tonto debe de ser Carrison para abandonarlo —. Luego, pensé que la casa estaba demasiado desvencijada como para que alguien se encargara de ella solo.

La transpiración por la larga caminata debió de haberme dado frío, ya que me estremecí cuando cerré la última buhardilla. Me preparaba para regresar a la planta baja.

En el ático, así como en las otras partes de la casa que había explorado hasta ese momento, cerré las puertas con llave, cuando había una disponible, y cuando no, intenté abrirlas para probarlas, y en todos los casos, las dejé bien cerradas.

Cuando llegué a la planta baja, el ocaso se extinguía con rapidez y pensé que, si quería explorar el resto de la casa antes de que cayera la noche, debía apresurarme.

«Ahora revisaré la cocina» me dije, por lo que me aventuré entre la selva de dependencias domésticas en la parte trasera del gran salón. Pasillos de piedra, cocinas enormes, un inmenso comedor para los sirvientes, alacenas, despensas, carboneras, bodegas de cerveza, lavanderías, moliendas, el cuarto del ama de llaves; no valía la pena que me entretuviera con estos detalles. Era improbable que el misterio que inquietaba al Sr. Carrison habitara entre cenizas y botellas vacías, y no parecía haber mucho más que eso en esta parte del edificio.

Decidí que revisaría las salas de estar, y luego elegiría la habitación que ocuparía.

Las sombras de la tarde se acercaban con rapidez, por lo que volví apurado al salón principal, sintiéndome extraño ante la perspectiva de estar totalmente solo junto a las huecas figuras fantasmagóricas de hombres en armaduras y las estatuas sobre las que la luz de la luna cae tan fría. Tan solo tenía que revisar las habitaciones de la planta baja y luego podría encender un fuego. Ya había visto mucha madera en un armario cercano y pensé que, sentado frente a un hogar ardiente y luego de tomar una buena taza de té, ya no sentiría esa soledad que me angustiaba.

El sol ya se había hundido bajo el horizonte para ese momento, puesto que para llegar a Ladlow había tenido que viajar por diferentes líneas ferroviarias, y esperar trenes que se dignaran a llevar pasajeros de tercera clase, pero aún entraba suficiente luz como para distinguir la forma de todos los objetos.

¡Con mis propios ojos vi que una de las puertas que había cerrado con mis propias manos estaba bien abierta!

Me volteeé hacia la puerta al otro lado de la sala. Estaba como la dejé: cerrada. Esta, entonces, debía de ser la habitación... esta, la de la puerta abierta. Durante un momento, me quedé mirándola con consternación. Creo que estaba bastante atemorizado.

De todas formas, el miedo no me duró mucho. Había encontrado el desafío que deseaba enfrentar, el enemigo que me había ofrecido a vencer. Sin más preámbulos cerré la puerta y la probé.

«Ahora caminaré hasta el final del pasillo y veré qué sucede», pensé, y allí fui. Caminé hasta el pie de la gran escalera, regresé y volví a mirar.

La puerta estaba abierta de par en par.

Luego de un instante de incertidumbre, entré a la habitación y subí las persianas. Era una habitación espaciosa, de seis por seis (lo sé porque luego la medí con mis pasos), con dos ventanas amplias.

El piso de roble pulido estaba cubierto en parte por una alfombra turca. Había dos recovecos cerca del hogar: uno alojaba una biblioteca y el otro, un viejo armario de caña muy trabajado. Me sorprendió encontrar una cama en una habitación tan cerca de la parte más concurrida de la casa. También había algunas sillas vetustas y cubiertas por lo que parecía ser un tapiz desteñido. Al lado de la cama, que estaba ubicada contra la pared opuesta a la puerta, descubrí otra puerta. Estaba cerrada con llave y era la única puerta trabada que había encontrado hasta ahora dentro de la casa. Era una habitación lúgubre y sombría: las paredes de paneles oscuros; el piso negro y brillante; las ventanas en lo alto; los muebles antiguos; la cama con dosel, con cortinas de terciopelo raído; la chimenea enorme; el cubrecama de seda, que parecía un paño mortuorio.

«En una habitación como esta podrían haberse cometido todo tipo de crímenes», pensé, malhumorado, y luego contemplé la puerta con atención.

Alguien ya se había tomado el trabajo de ponerle un cerrojo a la puerta, puesto que cuando salí de la habitación no solo la cerré, sino que también le puse el cerrojo.

«Iré a buscar un poco de madera y luego volveré a revisar», me dije a mí mismo. Cuando volví, la puerta estaba abierta de nuevo.

—¡Quédate abierta, entonces! —grité, hecho una furia—. No volveré a ocuparme de ti esta noche.

Casi al instante en que pronuncié estas palabras, sonó el timbre de la puerta principal. A medida que el eco recorría la casa desierta, el repique resonó en mis nervios, lo que me causó un sobresalto espantoso.

Tan solo se trataba del hombre que había accedido a traerme mis pertenencias. Le pedí que las dejara en el suelo de la sala y, acercándole un poco de dinero, le pregunté por la ubicación de la oficina de correos más cercana. Me respondió que no quedaba lejos de la entrada al parque; si yo quisiera enviar una carta, él podría depositarla en el buzón por mí. El cartero las recogía a las diez de la mañana.

En ese momento no tenía nada listo para enviar, y eso fue lo que le dije. Tal vez el dinero que le ofrecí fue más de lo que esperaba, o tal vez la situación espantosa en la que me encontraba lo había impresionado tanto como me había impresionado a mí, porque se detuvo un momento al apoyar su mano en la cerradura y me preguntó:

—¿Se quedará usted en esta casa completamente solo, señor?

—Así es —le respondí, con la mayor jovialidad posible dadas las circunstancias.

—Esa es la habitación, ¿sabe? —dijo, señalando con la cabeza hacia la puerta abierta, y bajando la voz hasta que se convirtió en un susurro.

—Sí, lo sé —le respondí.

—Así que ya ha intentado cerrarla, ¿no? Bueno, ¡usted es todo un batallador! —exclamó, y, con este halagador, aunque no tan respetuoso comentario, se apresuró a salir de la casa.

Resultó evidente que no tenía interés en prestar sus servicios para la resolución del misterio.

Le di un vistazo a la puerta: aún estaba abierta. A través de las ventanas que habían quedado descubiertas en la noche, entraba la luz de la luna, fría y plateada. Antes que nada, sentí que debía escribirles al señor Carrison y a Patty, por lo que de inmediato me dirigí a una de las grandes mesas en la sala y, luego de encender una vela que me había dado la considerada mujer que me recibió al llegar, junto con muchas otras cosas, me senté y escribí en un compás las dos epístolas.

Luego caminé por el largo camino de entrada, con sus misteriosas luces y sombras, con la luna destellando por aquí y por allá, jugando a las escondidas entre los troncos de los árboles y en la tracería de hojas ondeantes y tallos; caminé rápido, como si estuviera compitiendo contra el tiempo.

La fragancia de los aromas del verano, el perfume de la tierra... era delicioso. De no haber sido por la puerta, me hubiera sentido muy feliz. Pero la realidad era otra.

—Escucha, Phil —dije de repente—. La vida no es un juego de niños, como dice honestamente el tío. Esa puerta es el desafío que tienes que enfrentar, ¡y debes enfrentarlo! De no haber sido por esa puerta nunca hubieras venido a este lugar. Espero que no te acobardes la primera noche.

—¡Ten coraje! Ese es tu enemigo. Conquistalo.

—Lo intentaré —respondió mi otro yo—. No puedo más que intentarlo. No puedo más que fracasar.

La oficina de correos estaba en Ladlow Hollow, un pequeño caserío por el que fluía rápidamente el mismo río que ya había notado discurriendo con pereza por el parque, atravesado a esa altura por un antiguo puente.

Mientras estaba parado en la puerta de la pequeña oficina, haciéndole unas preguntas a la jefa de correos, pasó caminando el mismo caballero que había conocido montado en su caballo a la tarde. Me deseó una buena noche al pasar, y asintió familiarmente hacia la mujer, que le devolvió una reverencia.

—Su señoría envejece con rapidez —comentó ella, con los ojos fijos en la figura que se alejaba.

—Su señoría —repetí—. ¿De quién está usted hablando?

—De Lord Ladlow —respondió.

—Pues nunca lo he visto —respondí, confundido.

—¡Pero si ése era Lord Ladlow! —exclamó.

Puedo asegurarles que en el camino de vuelta a la casa me quedé pensando, pero no ya en la luz de la luna y los dulces olores de la noche, ni en el susurro de los pétalos y pájaros y las hojas, que logran que el silencio parezca más elocuente que el sonido, allí en el corazón del campo. ¡Lord Ladlow! Dios santo, creí que estaba a cientos, miles de kilómetros; y aquí lo encuentro, caminando en la dirección opuesta a su propio hogar, mientras que yo me encuentro prisionero de su desolada morada. ¡Ay! ¿Qué ha sido eso? Oí un ruido que provenía de un arbusto cercano y al instante me metí de lleno en el sotobosque. Algo salió disparado para ponerse a cubierto en la plantación siguiente. Seguí su rastro, pero no pude vislumbrar lo que

era. No conocía el terreno lo suficiente como para que mi persecución fuera exitosa, y terminé por abandonar la cacería acalorado, perplejo e irritado.

Cuando entré a la casa, la luz de la luna inundaba la sala: podía distinguir cada estatua, cada azulejo de mármol, cada partecita de las armaduras. Debo admitir que me pareció estar soñando. Estaba tan cansado y somnoliento que decidí no molestarme en calentar la casa o hacer la comida, ni prestarle atención a la puerta abierta hasta la mañana siguiente. Me iría a dormir de inmediato.

Con esta intención levanté algunas de mis cosas y las llevé a una habitación en el primer piso que me había parecido pequeña y habitable. Volví a bajar para reunir el resto de mis pertenencias, y por azar apoyé la mano en el rifle.

Estaba húmedo. Toqué el suelo...mojado también.

Nunca había sentido nada parecido al estremecimiento de deleite que me erizó la piel. Lo que me enfrentaba era de carne y hueso, y estaba bien dispuesto a hacerle frente, Dios mediante.

La mañana siguiente amaneció sin nubes y soleada. Yo había madrugado: me había bañado, vestido, desayunado y explorado la casa antes de que viniera el cartero con mis cartas.

Una del Sr. Carrison, una de Patty, y una de mi tío. Me puse tan contento que le di al hombre media corona y le dije que lamentaba informarle que mi estadía en Ladlow Hall iba a darle un poco de trabajo adicional.

—No, señor —respondió, profuso al expresar su gratitud—, paso por aquí todas las mañanas en mi camino a lo de su señoría.

—¿Quién es la señoría?

—Lady Ladlow, la viuda de Lord Ladlow —me respondió.

—¿Y dónde vive? —insistí.

—Si atraviesa los arbustos y cruza la cascada, encontrará la mansión a medio kilómetro, siguiendo el camino opuesto a la corriente.

Se fue, luego de decirme que el correo pasaba sólo una vez al día, y yo me apuré a volver a la habitación donde había tomado el desayuno, con las cartas bajo el brazo.

Primero abrí la del Sr. Carrison. El contenido básico era: «No escatime en gastos. Si se queda sin dinero mándeme un telegrama».

Luego abrí la de mi tío. Me imploraba que regresara: siempre me había creído un cabeza de chorlito, pero sentía un profundo interés y afecto por mí, y creía que podría conseguirme un buen cargo si tan solo pudiera bajar la cabeza y concentrarme en mi trabajo. La última era de Patty. ¡Ay Patty! Dios te bendiga. La clase de mujer que los hombres que mejor pelean en batalla, que quedan últimos a bordo de un naufragio, que se mantienen firmes durante las tragedias de la vida, que resisten la tentación con valentía, deben haber conocido y amado. No puedo contarles más sobre la carta, a excepción de que me dio fuerzas para llegar hasta el final.

Pasé la mañana analizando la puerta. La miré desde adentro y desde afuera. La examiné con ojo crítico. Quise averiguar si había alguna razón por la que se abría, y descubrí que mientras me quedara en el umbral permanecía cerrada, pero que si caminaba tan solo hasta la pared opuesta de la sala se abría de par en par.

Hiciera lo que hiciera, se soltaba del cerrojo. No podía cerrarla con llave porque no tenía la llave. He de confesar que antes de las dos de la tarde ya estaba perplejo.

A las dos llegó un visitante: Lord Ladlow en persona. Insistí profusamente en llevar a su caballo a los establos, pero él se rehusó.

—Me gustaría que dé una vuelta al parque conmigo, si no es molestia —dijo—. Quiero hablar con usted —Cruzamos juntos el parque y para cuando nos despedimos sentí que hubiera dado todo por este modesto noble.

—No debe quedarse aquí sin conocer los rumores que circulan —dijo—. Claro que cuando le alquilé la residencia al Sr. Carrison yo no sabía nada de la puerta abierta.

—¿Usted no lo sabía, señor? Eh, es decir, su señoría —tartamudeé. Él sonrió.

—No se preocupe por mi título, el cual conlleva una propiedad muy vacía consigo. Preferiría, de hecho, que me hablara como a un amigo. No tenía idea de que había rumores de fantasmas en la casa, o me hubiera asegurado de que quedara vacía.

No estaba seguro de qué contestar, por lo que me quedé callado.

—¿Cómo fue que lo enviaron aquí? —preguntó, luego de una pausa.

Le conté. Una vez pasada la primera impresión, un lord no es muy distinto a cualquier otra persona. Si un emperador hubiera decidido cabalgar a

través del parque, es probable que yo, de ser él igual de afable que Lord Ladlow, le hubiera hablado con la misma familiaridad con la que le hablé a este noble. ¡Mi madre siempre dijo que nací sin el don de la veneración!

Arrancando por el comienzo, repetí toda la historia, desde el comentario de Parton sobre el soberano hasta la conversación de Carrison con mi tío, pero una vez que dejé atrás Londres en el relato y llegué a la casa, me mostré más reservado. Después de todo, el lugar en el que nadie podía vivir era su casa, la puerta que nadie podía cerrar era su puerta, y me pareció que podría desagradarle que le hablaran sobre eso.

Pero él ansiaba saberlo todo. ¿Qué era lo que había visto yo? ¿Qué es lo que pensaba sobre ello? Con mucha honestidad le dije que no sabía qué decir. Efectivamente la puerta no se quedaba cerrada, y parecía no haber una entidad humana que justificara su insistencia en abrirse; pero, por otro lado, los fantasmas no suelen sabotear las armas de fuego, y mi rifle, aunque no estuviera cargado, había sido saboteado sin lugar a dudas.

Mi compañero escuchaba con atención.

—No tiene miedo, ¿cierto? —preguntó al final.

—Ahora no —respondí—. La puerta me dio un buen susto la tarde de ayer, pero no le tengo miedo, ya que me parece que alguien más tiene miedo de recibir un disparo.

Permaneció en silencio un minuto. Luego dijo:

—Esta es la teoría que han establecido sobre la puerta abierta: ya que en esa habitación asesinaron a mi tío, la puerta permanecerá abierta hasta que encuentren al asesino.

—¡Asesinado! —la palabra no me gustaba para nada, me hacía estremecer y me ponía incómodo.

—Sí, lo asesinaron cuando estaba sentado en su sillón, y nunca se descubrió quién fue. En un principio muchos me creyeron culpable de su muerte, y en realidad muchos aún lo creen.

—Pero, señor, usted no... no hay ni una palabra veraz en esa historia, ¿cierto?

Me apoyó la mano en el hombro y dijo:

—No, muchacho, ni una. Yo quería mucho al anciano. Incluso cuando me desheredó para dejarle todo a su joven esposa estuve apenado, no enojado. Y cuando me hizo llamar para informarme que había resuelto

reparar esa injuria, intenté convencerlo de que le dejara una generosa suma a su mujer además de la casa. «Si no lo haces, la gente pensará que ella no ha sido la fuente de felicidad que esperabas», agregué. «Gracias, Hal. Eres una buena persona, volveremos a hablar de este tema mañana», me dijo. Y luego me dio las buenas noches.

Antes del primer rayo de sol del amanecer, dos años atrás, la casa se despertó con un grito espeluznante. Fue el grito de la muerte de mi tío. Lo habían apuñalado desde atrás en el cuello. Estaba sentado en el sillón, escribiéndome una carta. De no haber sido por eso, hubiera sido más difícil demostrar mi inocencia de lo que fue, ya que sus abogados dieron a conocer que el muerto había firmado un testamento dejándome todas sus pertenencias a mí (él era muy rico) incondicionalmente, tan solo tres días antes. Eso explicaba el móvil, claro, decía el abogado de la señoría. Ella fue muy vengativa, no escatimó en gastos tratando de probar mi culpabilidad, y exclamaba públicamente que no descansaría hasta que hubiera justicia, aunque le costara toda su fortuna. La carta apoyada frente al muerto, sobre la cual se había derramado la sangre, debía haber sido plantada por mí. No obstante, el juez de instrucción se dio cuenta de que había animosidad en esta teoría, dado que las primeras líneas de la carta enunciaban el deseo de mi tío de explicarme en confidencia las razones por las que había cambiado su testamento; razones, según decía, que involucraban su honor, puesto que habían destruido su paz. «En la declaración que encontrarás sellada junto con mi testamento en...» y allí fue cuando recibió la herida mortal. Los documentos jamás se encontraron, y el testamento nunca se pudo demostrar. Su señoría entregó el testamento anterior, que le legaba todas sus pertenencias. A pesar de que apenas me alcanzaba el dinero para ir a juicio, no me quedaba otra opción que enfrentarme a este veredicto; los abogados aún siguen luchando contra él, y probablemente seguirán durante años. Cuando perdí mi reputación también perdí la salud, por lo que tuve que viajar al exterior, y mientras estuve allí, el señor Carrison alquiló la casa. Nunca había oído acerca de la puerta abierta antes de mi regreso. Mi abogado dijo que el señor Carrison estaba comportándose de manera reprochable; pero ahora creo que debería verlo, para decidir qué hacer con la disputa. Respecto a usted, me es de vital importancia que el misterio se resuelva, y si en verdad es usted audaz, quédese. Soy demasiado pobre para hacer promesas precipitadas, pero le aseguro que no seré ingrato con usted.

—¡Su señoría! —exclamé, esta vez pronunciando su título con facilidad y naturalidad—. No quiero más dinero, sólo quisiera probarle al padre de Patty que no soy un bueno para nada...

—¿Quién es Patty? —preguntó.

Debió haber deducido la respuesta de mi expresión, dado que no pronunció otra palabra.

—¿Quisiera tener la compañía de un buen perro? —me preguntó luego de una pausa.

Dudé. Luego respondí:

—No, gracias. Preferiría vigilar y cazar por mí mismo.

Y al pronunciar mi respuesta me asaltó el recuerdo de ese «algo» que encontré entre los arbustos, y le dije que creía que alguien había estado merodeando la casa la noche anterior.

—Cazadores —sugirió, pero yo negué con la cabeza.

—Una niña o una mujer, me parece. De todas formas, creo que tener un perro podría entorpecerme.

Se fue y yo regresé a la casa. No salí de allí en todo el día. No fui al jardín, ni al patio de la caballeriza, ni hacia los arbustos, a ningún lugar. Me dediqué única y exclusivamente a la puerta.

Debo de haberla cerrado cientos de veces, y siempre con el mismo resultado. Hiciera lo que hiciera, se abría de par en par. Nunca, sin embargo, mientras yo la miraba. Mientras me quedara mirándola, permanecía cerrada, pero al instante en que le daba la espalda, se abría.

Alrededor de las cuatro recibí otra visita: la hija de Lord Ladlow, la Honorable Beatriz, a cuestras de su pequeño y cómico poni blanco.

Era una hermosa niña de unos quince años, y tenía la sonrisa más dulce del mundo.

—Papá me envió con esto —dijo—. No confió en otro mensajero. —Y colocó un trozo de papel en mi palma.

«Guardé bajo llave la comida; compre lo que necesite usted mismo. Extraiga el agua de la bomba en el patio de la caballeriza. Debo marcharme, pero si necesita algo, busque o haga llamar a mi hija.»

—¿Alguna respuesta? —preguntó, acariciándole el cuello a su poni.

—Dígale a Su Señoría, por favor, que «mantendré seca la pólvora» —le respondí.

—Usted ha hecho que papá se vea tan feliz —expresó, aún acariciando al afortunado poni.

—Si está dentro de mis posibilidades, haré que se vea aún más dichoso, señorita... —Y dudé, sin saber cómo dirigirme a ella.

—Llámeme Beatriz —pronunció, con una gracia encantadora; luego añadió en voz baja—. Papá dice que me presentará a Patty pronto —Y antes de que pudiera recuperarme de mi asombro, había tirado de las riendas y partía en dirección al parque.

—¡Un momento, por favor! —exclamé—. Necesito que haga algo por mí.

—¿Qué necesita? —preguntó, y regresó, galopando por la loma suave frente a la casa.

—Présteme el poni un minuto.

Había desmontado antes de que pudiera ofrecerle ayuda para bajar, y sosteniéndose el vestido hábilmente con una mano, condujo hacia mí al viejo y dócil animal con la otra.

Tomé la rienda (cuando estaba con los caballos me sentía entre mis semejantes), acaricié al poni, estiré sus orejas para atrás y dejé que enterrara su nariz en mi mano.

Hoy la señorita Beatriz es una condesa, y una feliz esposa y madre; pero a veces cruzamos caminos, y la otra noche me condujo con cuidado a un conservatorio y me preguntó:

—¿Recuerda a Toddy, señor Edlyd?

—¡Que si lo recuerdo! —exclamé—. ¡Nunca podré olvidarlo!

—¡Ha muerto! —me confió, y había lágrimas en sus bellos ojos mientras lo decía.

—Señor Edlyd, ¡yo amaba a Toddy!

En todo caso, conduje a Toddy hacia la casa hasta llegar a la tercera ventana a mano derecha. Era una criatura dócil, y me permitió pararme sobre su montura mientras me asomaba a la única habitación en Ladlow Hall a la que no había podido entrar.

Estaba desposeída de muebles, no había nada dentro: ni una silla ni una mesa, ni retratos colgados en las paredes ni adornos sobre la chimenea.

—Allí es donde dormía el mayordomo de mi tío abuelo —comentó la señorita Beatriz—. Él fue quien corrió primero a la habitación la noche en que lo asesinaron.

—¿Dónde está el mayordomo?

—Murió —respondió ella—. La conmoción lo mató. Amaba más a Su Señoría de lo que se amaba a sí mismo.

Ya había visto todo lo que quería, por lo que descendí de un salto de la montura, que había desempolvado con cuidado con una rama que arranqué de una lila; medio en broma medio en serio presioné el dobladillo del vestido de la señorita Beatriz contra mis labios mientras que ordenaba sus pliegues; la contemplé saludar con la mano mientras se alejaba por el parque a un ritmo sereno; y luego me voltee una vez más hacia la solitaria casa, con la determinación de resolver el misterio en ella o morir en el intento.

No podría explicar por qué, pero antes de ir a dormir esa noche clavé una barrena que había encontrado en los establos con fuerza en el suelo y le dije a la puerta:

—Ahora soy yo el que te mantiene abierta.

Cuando descendí las escaleras en la mañana, la puerta estaba cerrada con fuerza y el mango de la barrena estaba roto y tirado en el pasillo.

Me sequé la frente con la mano; estaba empapada en sudor. ¡Realmente no podía explicar lo que estaba pasando! Salí al aire libre unos minutos y cuando volví la puerta estaba abierta de nuevo.

Si fuera a describir en detalle los días y noches que siguieron, cansaría a mis lectores. Solo puedo decir que me cambiaron la vida. La soledad, la solemnidad, el misterio, produjeron un efecto que no pretendo entender, pero del que tampoco me puedo lamentar.

He vacilado a la hora de redactar el final pero, como debe llegar, he de comenzar la tarea. A pesar de estar convencido de que ningún ser humano mantenía la puerta abierta ni sería capaz de hacerlo, estaba seguro de que alguien tenía acceso a la casa por alguna vía que no podía descubrir. Esto se hizo evidente debido a ciertas nimiedades que hubieran pasado inadvertidas si hubiera más personas, o incluso solo dos residentes en la mansión, pero durante mi estadía solitaria era imposible ignorarlas.

Por ejemplo: encontraba alguna silla fuera de lugar, veía un camino trazado sobre el piso polvoriento, me percataba de que mis papeles no es-

taban en el sitio en el que los había dejado o que mis prendas estaban arrugadas. Las cartas las llevaba conmigo siempre y las guardaba debajo de mi almohada durante la noche, pero el hecho era que cuando me dirigía a la oficina postal y mientras dormía, alguien deambulaba por la casa. Cuando Lord Ladlow regresara, pensaba solicitarle información sobre la muerte de su tío y estaba a punto de escribirle al señor Carrison para implorarle que me permitiera hacer abrir la puerta del dormitorio del mayordomo cuando, una mañana, muy temprano en verdad, me percaté de la presencia de una horquilla cerca de la puerta.

¡Qué idiota había sido! Si quería resolver el enigma de la puerta abierta, por supuesto, debía vigilar desde la habitación. La puerta no permanecería abierta sin motivo alguno y, ciertamente, no podría haber una horquilla allí sin que alguien la hubiera dejado.

Decidí lo que tenía que hacer: iría a la oficina postal temprano y ocuparía mi puesto en el horario en que, por lo general, partía hacia Ladlow Hollow. Sentía como si estuviera en el momento previo a hacer un gran hallazgo y ansiaba que el día transcurriera y que la noche llegara.

Era una mañana agradable, el clima había sido placentero durante toda la semana y abrí la puerta del salón para que la luz del sol y la brisa llenaran la habitación. Cuando hice eso, me percaté de que había un cesto lleno de frutas y flores, únicas y hermosas, en el escalón superior.

El señor Carrison había prescindido de los jardines de Ladlow Hall durante esta temporada, pues quería minimizar los gastos y, en consecuencia, mi comida no tenía exquisiteces como las frutas del cesto. En aquel entonces me encantaban las frutas y, al ver una carta con mi nombre, inmediatamente elegí un durazno con aspecto tentador y lo comí, quizás como un glotón.

Casi había tragado el último bocado cuando la advertencia de Lord Ladlow volvió a mi mente. La fruta tenía un sabor particular y un gusto extraño inundaba mi paladar. Durante un instante, el cielo, los árboles y los jardines flotaron ante mis ojos, entonces, decidí lo que tenía que hacer.

Olí la fruta, todas tenían el mismo tenue aroma. Guardé una en mi bolsillo, tomé el cesto y lo guardé bajo llave. Caminé hasta el corral, pedí prestado un caballo que, generalmente, tiraba de una pequeña carreta y en menos de media hora, me encontraba en Ladlow, pidiendo que me indicaran el consultorio de un médico.

Al médico le molestó un poco que lo fueran a ver tan temprano y, al principio, quería desestimar mi idea, pero hice que abriera una pera y entonces confirmó que la fruta estaba contaminada.

—Es una suerte que se haya detenido después de comer un solo durazno —acotó mientras me daba un poco de agua y la medicina para que me llevara. Me aconsejó que estuviera al aire libre la mayor cantidad de tiempo posible—. Me gustaría quedarme con la fruta y que regresara mañana.

¡No sabíamos la cantidad de mañanas que nos veríamos! Mientras cabalgaba hacia Ladlow, el cartero me había entregado tres cartas pero no las leí hasta que estuve sentado bajo un gran árbol en el parque con un tazón de leche y un trozo de pan a mi lado.

Hasta el momento, no había nada interesante en mi correspondencia. Las epístolas de Patty siempre eran encantadoras, pero no podía clasificarlas como espectaculares y las cartas del señor Carrison eran monótonas e incluso comencé a considerarlas tediosas. Sin embargo, en esta ocasión, su carta nada tenía de aburrida. El contenido me impresionó mucho. Me comunicaba que Lord Ladlow había cancelado la deuda y que, por lo tanto, podía marcharme de la morada de inmediato. Incluyó diez libras junto a su mensaje y me informó que intentaría ayudarme a encontrar una buena posición, y que llamase a su residencia privada cuando llegara a Londres.

«No creo que deba marcharme de Ladlow todavía», pensé mientras introducía la carta en el sobre. «Antes de irme, me gustaría complicarle la vida a aquella persona que me envió las frutas y, por lo tanto, a menos de que Lord Ladlow me eche, me quedará un tiempo más».

Lord Ladlow no quería que me fuera. La tercera carta era de parte suya.

El mensaje era el siguiente: «Regresaré mañana por la noche y lo veré el miércoles. He llegado a un acuerdo satisfactorio con el señor Carrison y, ahora que Ladlow Hall me pertenece de nuevo, trataré de resolver el misterio yo mismo. Si decide quedarse y ayudarme en esta cuestión, me haría un favor y trataré de que valga la pena».

«Haré guardia esta noche, y quizás tenga buenas noticias para él mañana», pensé. Luego, abrí la carta de Patty, la carta más sincera, adorable y especial que cualquier cartero en todo el mundo me haya entregado.

Si no hubiera sido por lo que me había comunicado Lord Ladlow acerca de integrarse a mi proyecto, no hubiera elegido aquella noche para mi

vigilia. Me sentía mal y lánguido, sin dudas, era mi imaginación la que producía estas sensaciones. Había perdido energía de una manera inexplicable. Los largos y solitarios días habían afectado mis ánimos, la inquietud que se apoderó de mí centenares de veces en las doce horas durante las que observaba la puerta abierta, la cerraba y contaba cuántos pasos podía dar antes de que se abriera otra vez, había puesto a prueba mi fortaleza mental, así como una ampolla permanente podría haber agotado mi cuerpo. No estaba en condiciones de llevar a cabo la tarea que me había propuesto y, sin embargo, estaba decidido a realizarla. ¿Por qué no había decidido quedarme dentro de esa misteriosa recámara antes?

¿Acaso, en el fondo, me había asustado la idea? Incluso en el hombre más valiente existe un espectro de cobardía que acecha sin ser sospechado hasta que sepulta a su coraje.

El día transcurrió, largo y monótono. Llegó la tarde y las sombras nocturnas cubrieron Ladlow Hall. La luna no se asomaría durante un par de horas más. Todo estaba tranquilo como en un cementerio. La casa nunca antes me había parecido tan desierta ni tan silenciosa.

Tomé una lámpara y me encaminé hacia mi cuarto habitual, como si me estuviera preparando para dormir. Apagué la vela, abrí la puerta despacio, la cerré con llave y la coloqué en mi bolsillo. Bajé las escaleras lentamente, crucé el salón y atravesé la puerta abierta. Entonces, supe que había tenido miedo de esto, ya que sentí una oleada de espanto cuando pasé por el umbral en la oscuridad. Me detuve y escuché con detenimiento, no había ningún sonido, la noche estaba tranquila y sofocante como si se estuviera formando una tormenta. Ni siquiera las hojas se movían, ¡incluso los ratones permanecían en sus agujeros! Me dirigí hacia el otro extremo de la habitación sin emitir sonido. Me senté en el sillón, que se encontraba entre la cama y la estantería, y me cubrí con la pesada cortina.

Las horas pasaron, ¿siempre fueron tan largas? La luna apareció, se asomó a través de las ventanas, y luego se alejó hacia el oeste, pero no se oyó ningún sonido, ni siquiera la llamada de un ave. Sentía que era solo un manojo de nervios. Cada parte de mi cuerpo se crispaba. Quedarse quieto era una agonía y el impulso por moverme se convirtió en una tortura. ¡Ah! Un resplandor en el cielo, por fin aparecía el alba. ¡Alabado sea el señor! Recibí el amanecer con la mayor gratitud. Un zorzal comenzó a cantar, ¿había oído una música tan encantadora alguna vez? Era el crepúsculo de la mañana, pronto saldría el sol y la terrible vigilia terminaría y, sin embargo, no estaba más cerca de resolver el misterio que antes. ¡Silencio! ¿Qué fue eso? Había llegado. Después de horas de vigilancia y espera, luego de la larga noche y el suspenso inacabable, se presentó de repente.

La puerta cerrada se abrió de forma inesperada sin emitir sonido, y antes de poder esconderme detrás de la cortina, vi a una mujer en la habitación. Se encaminó directamente hacia la otra puerta y pude observar que la cerraba con el pestillo y la cerradura. Luego, echando un vistazo alrededor, se dirigió hacia el armario y con una llave pudo abrir los cajones. No me moví, apenas respiraba y, sin embargo, ella parecía preocupada. De hecho, tenía prisa por terminar la tarea que debía realizar, ya que sacó los cajones uno por uno y los colocó en el suelo. Luego, cuando hubo más luz, observé que, primero, se arrodilló y examinó cada rendija y posteriormente repitió el mismo procedimiento, mientras se paraba en una silla que utilizó para cumplir su cometido.

Una mujer delgada y ágil, no una muchacha, vestida de negro, sin un rastro de color blanco en ella. ¿Qué podría estar buscando? De repente, me percaté de ello: ¡estaba buscando el testamento y la carta!

Emergí de mi escondite. La sujeté pero ella se soltó de mi agarre, forcejeando como un gato salvaje: golpeaba, arañaba y pateaba, flexionando su cuerpo como si no tuviera huesos y cuando por fin se liberó, corrió de manera descontrolada hacia la puerta por donde había entrado.

Si llegaba hasta allí, se escaparía. Me precipité a través de la habitación y me aferré a su vestido cuando llegó hasta el umbral. Estaba enfadado y tiré de ella hacia atrás, tenía la fuerza de veinte demonios y resistió como ninguna mujer lo hizo antes, sin dudas.

—No tengo intenciones de matarla —logré decir con la voz entrecortada—. Pero lo haré si no se tranquiliza.

—¡Bah! —exclamó, y antes de que yo pudiera advertir lo que estaba haciendo, tomó el revólver de mi bolsillo y disparó.

Falló: la bala solo rozó mi brazo. Me abalancé sobre ella, no puedo describirlo de otra manera, ya que era una pelea de vida o muerte y ningún hombre puede determinar la ferocidad que posee hasta que se encuentra en una situación como la que estaba yo. Me abalancé sobre ella y agarré el arma. Ella no la soltaba, pero la sujeté con tanta fuerza que no podía dispararla. Me mordió el rostro y con su mano libre me agarró el cabello. Giró, se retorció y se escurrió como una serpiente, pero no sentí dolor ni nada parecido, excepto temor a que mi fuerza fallara.

¿Podía aguantar un poco más? Hizo un último intento desesperado. Sentí que mi agarre se debilitaba, ella también lo sintió y, aprovechando la ventaja, se liberó y al mismo tiempo, disparó a ciegas de nuevo pero, una vez más, falló.

De repente, su mirada se llenó de terror, una expresión estupefacta de miedo.

—¡Toma! —exclamó, y arrojando el revólver hacia mí, huyó.

En un instante vi que la puerta que había cerrado estaba abierta, que junto a la mesa se encontraba una figura espantosa con una mano levantada y después, no vi nada más. Finalmente, me había herido. Cuando arrojé el arma, debió de haber disparado ya que sentí algo similar a un hierro al rojo vivo que me perforaba el hombro y lo único que pude hacer fue huir de la habitación antes de caer inconsciente sobre el piso de mármol del salón.

Cuando apareció el cartero aquella mañana, al no encontrar a nadie, miró a través de una de las amplias ventanas al costado de la puerta, y corrió hacia la granja para pedir ayuda.

—Algo terrible pasó adentro de la casa —vociferó—. El joven hombre está tendido en el suelo en un charco de sangre.

Mientras se apresuraban hacia el frente de la casa, vieron que Lord Ladlow cabalgaba por el sendero y, entrecortadamente, le contaron lo que había sucedido.

—Rompan una ventana —dijo Ladlow— y vayan a buscar un médico de inmediato.

Me recostaron en la cama de esa terrible habitación y enviaron un mensaje por telégrafo a mi padre. Durante mucho tiempo, me debatí entre la vida y la muerte, pero me recuperé lo suficiente como para que me trasladaran a la casa de Lord Ladlow, al otro lado del caserío.

Antes de eso, le había contado todo lo que sabía y le rogué que buscara el testamento con urgencia.

—Desbarate el armario si hace falta —le supliqué—. Estoy seguro de que los documentos están allí.

Y allí se encontraban. Su Señoría encontró su propio testamento y en lo que refiere al escándalo y el crimen, uno fue olvidado y el otro sigue impune. La viuda y su mucama se fueron al extranjero la misma mañana en que yo yacía en el suelo de mármol de Ladlow Hall. Nunca regresaron.

Lord Ladlow había impuesto esto como única condición por su silencio.

Ahora, soy el propietario de una granja, no en Meadowshire sino en una región aún más hermosa, y puedo mantener un estilo de vida confortable.

Patty es la mejor esposa que cualquier hombre pudiera tener y yo, en realidad, sigo tan alegre como cuando era joven, quizás un poco más serio. Aun así, hay momentos en los que me invade un extraordinario miedo a la oscuridad y, durante esos períodos, no soporto quedarme solo.